

LA VIDA LITERARIA

A. ORIOL ANGUERA: REDESCUBRIMIENTO
DEL HOMBRE (L. E. Argos, S. A.)

Hace pocos meses que el autor de este libro para los médicos, que pueden leer perfectamente los que no lo son, abandonó Barcelona, su centro, para irse a ocupar una cátedra, en muy honrosas condiciones, a Córdoba, de la Argentina. Soy de los que no miran con buenos ojos esta expatriación de valores, ni siquiera en casos como este, en que los emigrados de nota van a robustecer o a prestigiar la raíz hispánica de las jóvenes naciones americanas. Las reflexiones y argumentos que, con intención consoladora, se suelen formular en abono de estos desprendimientos voluntarios o forzosos, me dejan bastante frío. Una idea que surge inevitablemente de las hondonadas de mi experiencia personal y se ve confirmada por las experiencias ajenas de que tengo noticia, me induce a pensar que no andamos tan sobrados de investigadores y de maestros para que podamos permitirnos el lujo de dispensar a los acabaditos de cuajar. Repaso mentalmente nombres y reputaciones universitarios: hojeo revistas especializadas; hablo con este y con el de más allá; reviso índices bibliográficos y me persuado de que el plantel autóctono está lejos aún de poder atender, sin peligro, las demandas o invitaciones de allende los mares. La cosa es tanto más grave, cuanto, según parece unánime de los psicólogos y de los historiadores, los españoles carecemos o hemos carecido, hasta ahora, del don de formar escuelas. Poderosas individualidades que surgen de vez en cuando y que suscitan la admiración universal, no saben o no pueden aglutinar a su alrededor un puñado de discípulos capaces de continuar su obra y tal vez de sobrepasarla. De modo que en cada generación se vuelve a empezar por el principio, atravesando un excesivamente largo período de tanteos y de divagaciones. Es como si en la carrera de la antorcha, cada relevo se hallase en la necesidad de retroceder hasta el origen para procurarse lumbré...

En fin, dejemos estas generalidades y vengamos al libro de nuestro recién emigrado. Oriol Anguera. Como he dicho, no es indispensable ser médico ni biólogo para leerlo con provecho. La crisis de la medicina que nos describe, no es un fenómeno aislado, sino un aspecto de la crisis general de nuestro época. Las creencias que dieron serenidad y empuje a la generación de Claude Bernard y demás fundadores de la ciencia experimental, se hallan en quiebra. Tanto en la física, como en la biología, como en la astronomía, se ha dado con fenómenos que no casan con los principios deterministas. Lo que de buenas a primeras apareció como una vaga fisura, hoy es un desgarrón aparatoso que no hay manera de disimular y que exige nuevas explicaciones, nuevas teorías.

La forma en que el doctor Oriol nos explica el concepto de lesión, base de la medicina bernardiana, el concepto organicista que vino a sustituirlo cuando aquél se reveló insuficiente y el actual redescubrimiento del hombre, es decir, la personalidad, lo singular, convirtiéndose en centro de la patología, con el emocionante y consiguiente tránsito de la anatomía topográfica, a la concepción funcional, produce un placer tan agudo como el que pueda procurarnos la lírica pura.

Y ello se debe a que el propio expositor goza de una manera visible y simpática —en el sentido prístino de la palabra— al explicar a los demás lo que tan bien sabe y comprende. Sin duda, en el arte de explicar de nuestro paisano se nota, como en el de tantos otros hombres de ciencia españoles, la influencia de Ortega y Gasset que, no lo dudemos, constituirá uno de los aspectos más densos y relevantes de estos últimos años. Porque la influencia que señalo —y que cuesta tan poco de señalar— no es la del Ortega fascinante y plateresco de las primeras etapas, sino la del Ortega dominado por el solo afán de comunicar sus ideas con claridad y contundencia, tal como aparece en "El esquema de las crisis", "Ideas y Creencias" y "La Historia como sistema". Esta influencia tiene su equivalente en los campos en que el ilustre filósofo quiso influir con mayor y más manifiesto empeño? Esto es harina de otro costal y tema apasionante para algún futuro historiador de nuestra época.

Al cerrar el libro de Oriol Anguera, tenemos la sensación de que lo hemos estado escuchando, no leyendo. Vemos al autor con su cuerpo no muy alto, pero fornido, musculoso, luchando seguro y obstinado con la idea, hasta reducirla a su merced y ofrecerla todavía caliente y palpitante a la curiosidad del auditorio. ¡Qué magnífico temperamento de profesor, Dios mío! Y resulta que precisamente es él quien se ha marchado a enseñar a otra parte.